

Los problemas de hoy ¿son errores del pasado?

por **Dña. Victoria Prego**

*Conferencia pronunciada
el 13 de febrero de 1996*

Forum Deusto

Los problemas de hoy ¿son errores del pasado?

por Dña. Victoria Prego*

Muy buenas tardes a todos. Gracias a la Universidad de Deusto por haberme invitado a venir al Forum y gracias a ustedes por acompañarme esta tarde.

Cuando hablamos de hacer esta intervención, se nos ocurrió plantear el asunto de si los problemas de hoy son consecuencia de los errores del pasado, porque este ha sido un asunto que se ha manejado de una manera muy frecuente, sobre todo en los últimos meses.

Tengo que advertir de antemano que yo discrepo de la idea de que la transición fue un error, como piensan algunos sectores de la oposición, que dicen no sólo esto, sino que la transición fue una traición al pueblo español.

Mis conocimientos de la historia son conocimientos adquiridos a *posteriori*. Esto quiere decir que aunque yo tenía veintitantos años cuando murió Franco, mi participación en el proceso político era leve. Primero, era una joven periodista recién salida de la escuela y, además, lo que yo hacía entonces era ser corresponsal internacional. Esto significa que no he sentido la más mínima necesidad de justificar mi biografía

* Victoria Prego de Oliver y Tolivar nació en Madrid. Estudió Ciencias Políticas y Periodismo, y en 1974 ingresó en TVE en la sección de Información Internacional de la Segunda Cadena. De 1977 a 1979 trabajó como corresponsal de TVE en Londres. Entre 1980 y 1987 dirigió y presentó varios programas informativos y culturales en TVE, como «El Cierre», «Españoles» y «Debate». En 1984 Prego se incorporó a Radio Nacional de España. En 1987 se retiró de la actividad profesional de los programas en directo, incorporándose como subdirectora al proyecto de un documental histórico sobre la transición política española, serie que se emitió en 1995 bajo el título de «La Transición». También en 1994 realizó para Antena 3 el documental «Así murió Franco». Victoria Prego ha realizado entrevistas y reportajes, y colaborado en distintos periódicos, revistas y agencias de noticias con artículos sobre política nacional e internacional. En 1995 publicó el libro *Así se hizo la transición*.

utilizando la historia según mis conveniencias, que esa es una tentación en la que por lo menos muchos de mi generación caen con demasiada frecuencia.

En muchos casos yo veo que no se examina la propia biografía a la luz de los hechos históricos, sino que se intenta relatar la historia y acoplarla a la luz de la propia biografía, de manera que la propia biografía quede ratificada y confirmada y la historia tenga el relato que conviene en cada caso.

Nosotros nos quisimos defender de esa tentación tan frecuente en mi generación y tan frecuente en un sector determinado de la vida política española de mi generación (de la transición) y tuvimos la ventaja enorme de que nuestra participación en el proceso político había sido de meros espectadores de última fila. Eramos espectadores cuyo campo de visión era muy reducido, y nos acercamos a este proceso político casi en blanco.

Mi memoria es mala, lo cual estoy descubriendo que es una gran ventaja para el trabajo, porque una se acerca en estado casi virginal a los hechos, ya que no recuerda. El pasado pesa poco, y se va incorporando de manera más distante. Por tanto, cuando digo que estoy en desacuerdo con que la transición haya sido un error, quiero aclarar que no estoy intentando llevar el agua a ningún molino, porque no tengo molino.

La historia de la transición se empieza a plantear, tal y como la entendemos hoy día —es decir, el paso de un régimen autoritario a una democracia—, en mi opinión, bastante antes de que Franco muera, al menos dos años antes de su muerte, sin ninguna duda. Este no es un proceso que dura veinte meses, aunque seguramente la parte más agitada y brillante tiene veinte meses de vida. Pero la descomposición del régimen y la mirada al futuro empiezan a ser evidentes, en mi opinión, cuando asesinan al almirante Carrero Blanco, que entonces era presidente del Gobierno, puesto en el cual no llevaba más de seis meses. En junio del 73 Franco accede a desgajar la Jefatura de Estado de la Presidencia del Gobierno y Luis Carrero Blanco se hace cargo de la Presidencia.

Tengo que advertir que Carrero Blanco era un hombre muy leal a Franco, pero sin familia política detrás, cual el falangismo, Opus, etc., y tenía una característica que era una «pega» desde el punto de vista de bastantes familias del régimen, sobre todo de los defensores del movimiento más puro, y es que fue el defensor de la opción del Príncipe, de

que Franco nombrara a Juan Carlos su sucesor a título de rey. Esto gustó menos cuando la nieta de Franco, María del Carmen Martínez Bor-diú, se casó con un Borbón, Alfonso, que tuvo también aspiraciones a la corona.

Carrero Blanco no era, pues, el hombre más querido por el franquismo intransigente, aunque era un hombre muy respetado y muy leal. Pero en el momento que asesinan a Carrero Blanco, sucede una cosa, y es que, no siendo determinante la figura política de Carrero, porque no era un hombre con grandes agarraderas en las familias políticas para el futuro, el hecho es que es el Presidente del Gobierno, y por primera vez el régimen es vulnerable.

Esto no tiene una traducción política precisa, pero tiene una traducción psicológica indiscutible. Un régimen que tiene 37 años de vida y que ha sido una fortaleza, se encuentra con que limpiamente asesinan al Presidente del Gobierno, cosa que nadie habría podido sospechar. En este momento, es evidente para el franquismo que Franco es un anciano, y que su muerte es muy próxima. El golpe psicológico es muy importante.

Entonces se abre la primera batalla política, que se produce con unas dimensiones casi palaciegas, una batalla política para controlar el futuro (no para orientarlo).

En aquellos momentos había dos sectores dentro del régimen que quedaron claramente enfrentados a partir del asesinato de Carrero y hasta la muerte de Franco: los llamados franquistas inmovilistas, y los franquistas reformistas.

Los llamados inmovilistas dentro del Movimiento, en términos generales los más intransigentes, eran pocos y mayores, pues habían hecho la guerra con Franco, pero ocupaban los resortes del Estado. La marcha del Estado estaba en sus manos.

En aquel entonces se repetía mucho la siguiente frase: «Después de Franco ¿qué?» Y se respondía invariablemente: «Después de Franco, las instituciones». Cuando los inmovilistas, que eran los promotores de esa respuesta, decían «después de Franco, las instituciones», estaban queriendo decir, en realidad, «las instituciones en nuestras manos»: las Cortes, el Consejo Nacional del Movimiento, etc. Por esa decisión de controlar el futuro, cosa que empujaba inmediatamente a intentar seguir controlando las instituciones del Estado, por eso hubo una batalla feroz por controlar la Presidencia del Gobierno a la muerte de Carrero Blanco. Ustedes recordarán que cuando murió Carrero, Franco dijo

aquella frase de «No hay mal que por bien no venga», que dejó a todo el mundo perplejo. ¿Qué quiso decir?

En mi opinión estaba clarísimo, y yo no comprendo cómo se ha dudado tanto de esa frase. En el propio discurso lo explica Franco cuando, un poco más adelante, añade que el futuro de España se asentará en los hombres que han constituido la solera del Movimiento. Esto quiere decir que el régimen volvería a estar controlado por aquellos franquistas intransigentes y no monárquicos.

Los llamados inmovilistas son pocos, sumamente poderosos e influyentes, y tienen un acceso casi directo a Franco. Pero tienen el tiempo en su contra. Frente a ellos, y también dentro del Movimiento, la única organización política que existe en el régimen, están los llamados reformistas: Martín Villa, Marcelino Oreja, Gabriel Cisneros..., gente que tuvo múltiples actuaciones en esa época. Estos reformistas son muchos más en términos estrictamente numéricos. Son la segunda generación del Movimiento. Son muy numerosos pero no tienen poder ninguno. Sólo tienen a su favor el tiempo, porque son jóvenes.

Durante dos años, 74 y 75, hay una pugna evidente entre estos dos grandes sectores políticos: inmovilistas y reformistas, todo dentro del Movimiento, pugna de la que tuvo completo conocimiento el general Franco, un hombre que nunca perdió la cabeza (según mi información), pero que ya había perdido la entereza moral y la frialdad que le caracterizó en sus años de juventud y madurez.

Es en este período, años 1974 y 75, cuando se intenta poner en práctica el llamado «espíritu aperturista», del que es el exponente más conocido el famoso «espíritu del 12 de febrero» defendido por el entonces presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro. Aquel «espíritu del 12 de febrero», muy celebrado por los reformistas, murió, sin embargo, muy pronto. Sólo duró hasta el mes de abril. En abril es cuando se produce lo que se llamó «el gironazo», un manifiesto publicado en el diario *Arriba* por el que el viejo falangista José Antonio Giron llega incluso a parar los pies, políticamente hablando, al mismísimo Ministro del Movimiento, José Utrera Molina.

Aquí se produce la primera batalla de una serie de escaramuzas que se irán sucediendo a lo largo de los dos últimos años de la vida de Franco de una manera sistemática, y que una vez tras otra ganan los inmovilistas, lo que entonces también se llamaba «el búnker».

Los dos años últimos de la vida de Franco son, en mi opinión, los dos primeros años de la transición política de España hacia la democra-

cia, y eso a pesar de que se saldan con la aparente victoria por goleada del franquismo intransigente. La más significativa de las confrontaciones políticas de importancia entre reformistas e inmovilistas se produce en el año 74, en diciembre, cuando los reformistas intentan desesperadamente poner en marcha una llamada Ley de Asociaciones en la que se pretendía que las distintas corrientes de opinión (términos que se manejaban en la época) pudieran constituirse como asociaciones políticas y estar fuera del Movimiento. Esto último resultaba una piedra de toque esencial para poder atisbar el futuro político de una España sin Franco.

Lo que los reformistas intentan es que las asociaciones políticas que se constituyan no tengan por qué ser aprobadas, controladas o sancionadas o suspendidas sólo por los organismos del Movimiento, sino que sea el Supremo quien se ocupe de dictaminar sobre la legalidad o ilegalidad de las futuras asociaciones.

Aquella fue una larga batalla que duró meses y que el reformismo perdió absolutamente, porque fue el propio Franco quien acabó decidiendo. De acuerdo con lo ordenado por Franco, las futuras asociaciones estarían autorizadas, controladas y sancionadas por el Movimiento, siempre sometidas a su control. La única instancia a la que se debería recurrir para dirimir cualquier conflicto era el Consejo Nacional del Movimiento. Así lo dijo Franco y así nació la Ley de Asociaciones Políticas al amparo de un ya muerto y enterrado «espíritu de apertura».

De manera que la pretensión de abrir un poco la vida política española quedó así cerrada con un folio que Franco entregó al propio Ministro del Movimiento, escrito, según se dice, por Jesús Fueyo, un hombre muy inteligente, un franquista intelectualmente sólido, que empieza diciendo algo parecido a esto: «Aceptando lo inevitable de que existan asociaciones...». Ya sólo el prólogo ilustra hasta qué punto aquello de la apertura política desde dentro del franquismo parecía un esfuerzo patético, por lo inútil.

La Ley de Asociaciones muere, pues, en términos prácticos. Esto sucede en diciembre del 74, y entramos ya en el año 75, en el que se producen episodios muy difíciles y los inmovilistas van tomando posiciones de una manera neta.

¿Qué sucede en ese momento en el país? Sucede que por aquel entonces todavía existe la que se llamaba «mayoría silenciosa», que éramos todos los españoles. Esta «mayoría» estaba constituida por una creciente clase media que el franquismo había creado, cuyo bienestar

físico y social había aumentado extraordinariamente en la última década. Sucede, sin embargo, que esta «mayoría» social de clase media había ido organizando sus propios ámbitos de libertad, independientemente de la estructura política que la gobernaba. La de 1975 en España era una sociedad mucho más laica, con una generación de jóvenes considerablemente alejada de los valores de sus abuelos e incluso de sus padres, que ya no compartían prácticamente ninguno de sus códigos, ni siquiera los códigos morales. Tampoco los religiosos, pues fue una generación que se alejó mucho de la Iglesia Católica y sólo se acercó a ella para militar contra el régimen, es decir, para lo que entonces se llamaba «la subversión».

Esa clase media nacida bajo el régimen de Franco, y que luego demostró estar apostando por una evolución política moderada, con la victoria de los inmovilistas lo que hace es darle la espalda al régimen. ¿Qué estaba sucediendo? Que aquella «mayoría silenciosa», silenciosa porque no era preguntada, estaba cambiando de opinión desde hacía muchísimos años sin que nadie lo pudiera detectar de forma sólida, porque no era una población que se pronunciara políticamente, porque no se le consultaba su opinión. Y, leve pero inexorablemente, había ido alejándose del régimen poco a poco. Tampoco el régimen lo podía evitar, por la sencilla razón de que lo desconocía.

Esa es la mayoría del pueblo español que da la espalda a los inmovilistas, triunfantes en el terreno político de manera indudable, pero derrotados en el fondo —sin que todavía lo sepan—. Los españoles no están ya dispuestos a apostar por la supervivencia de un régimen que se les ha quedado añejo. Es un régimen que, independientemente de los juicios políticos o sociales o históricos que merezca, ha dejado de servir a los intereses, pero sobre todo a las necesidades y a los proyectos de futuro de la población.

En ese tiempo existe la oposición de izquierdas al régimen, que es, fundamentalmente, el Partido Comunista, que tiene unos 30.000 o 40.000 militantes, siendo optimistas en el cálculo, y luego tiene una miriada de simpatizantes, antifranquistas que se acercan a ese partido porque tiene la estructura más operativa y más disciplinada de oposición al régimen.

¿Qué sucede con esa oposición de izquierda? Santiago Carrillo y el propio Felipe González han tenido la honradez de reconocerme paladinamente que, con sus solas fuerzas, ellos jamás hubieran podido derri-

bar al régimen. Primero, porque eran muy pocos, y en segundo lugar, ambos dicen que, independientemente de su número, ellos no podían movilizar al pueblo, a las «masas», porque en aquellos momentos no había masas dispuestas a salir a la calle y jugarse la vida, y otras cosas, para derribar el sistema.

Probablemente sí había masas dispuestas a salir a la calle para votar una reforma, como luego se demostró, pero tanto uno como otro, González como Carrillo, confiesan ahora que eran conscientes de que no tenían fuerza suficiente para derribar el sistema. Lo que tenían era la autoridad moral de la defensa de la democracia, lo cual irritaba extraordinariamente al régimen. Ellos dicen: «Nosotros no eramos conscientes de hasta qué punto el régimen era débil. Nos parecía una fortaleza inexpugnable y luego hemos sabido que el régimen se ponía nerviosísimo con cualquier acción que nosotros pudiéramos encabezar».

De todas maneras, yo incluso creo que el régimen se ponía menos nervioso con la acción de los militantes de izquierdas que con la acción de los reformistas del propio régimen. Lo que verdaderamente hacía perder la perspectiva de futuro a los franquistas ortodoxos era la sensación de que se estaban cayendo los cimientos de su propio edificio, que estaban siendo abandonados por los suyos.

La oposición de izquierdas, que defendió las libertades, la democracia y un futuro para España como el de cualquier país europeo, mantuvo viva la llama del futuro y de la esperanza, pero no es verdad que tuviera la capacidad de sacar al pueblo a la calle para derribar ese sistema y hacer «una revolución». Esta, la de que la revolución propiciada por los ciudadanos, la ruptura total con el pasado para comenzar desde cero, fue posible entonces, es la tesis sostenida por el abogado Trevijano, que fue miembro fundador de la Junta Democrática, y al que hay que reconocer el mérito enorme de haber hecho posible —gracias a su entusiasmo— que la Junta Democrática se extendiera por el país entero. Lo que pasa es que Trevijano creía que los miembros de la Junta (entre los cuales había muchísimos independientes) querían la revolución. Yo discrepo de esto. Creo que los miembros de la Junta Democrática que efectivamente se manifestaban y salían a la calle, pedían dos cosas, las mismas cosas que constituían entonces el eslogan de toda manifestación: *Amnistía, Libertad*.

Esto pedían y esto obtuvieron. Pero entre todos los que formaron el movimiento de oposición al franquismo había, comparativamente, pocos militantes de partidos revolucionarios, y no constituían una fuerza que supusiera una amenaza para la estabilidad del franquismo.

De manera que nos encontramos con una clase media que es indiferente políticamente pero que, en el más absoluto silencio, abandona al franquismo intransigente, y con una masa de antifranquistas que, siendo muy generosos, sumarían 2 millones de españoles. Y, como dice Felipe González, entre todos esos había muy pocos dispuestos a ir a la cárcel para defender determinadas cosas.

Lo que hubo en el proceso político es lo que los españoles pretendían que hubiera. Nunca se dio, ni se ha demostrado en ningún sitio, que los españoles pidieran o intentaran otra cosa. Esto lo digo porque uno de los errores que se adjudica a la transición es que se hizo mal porque no se hizo la revolución.

El segundo error que se adjudica a la transición es que no se exigieron cuentas del pasado, tesis que también está construida, en mi opinión, sobre el aire, porque ¿quién pide cuentas a quién y desde qué posición? Eso también lo explica González muy bien. «No nos olvidemos —dice González— de que nuestra batalla era pedir la amnistía, pero la amnistía para nosotros, que éramos «los malos», la amnistía para la oposición de izquierdas.»

¿Cómo es posible que una fuerza política que se manifiesta en demanda de amnistía para quienes forman en sus filas una y otra vez durante los primeros meses de la transición, ya muerto Franco esté en disposición de pedir cuentas? Y en segundo lugar, ¿para qué? ¿Dónde estaban los límites de esa hipotética petición de cuentas que se adjudica como uno de los errores de la transición? ¿En el tiempo? ¿En la dimensión del delito? ¿Cómo se dibuja esa exigencia de responsabilidades? ¿Con qué fuerza? ¿En qué año? ¿Cuando gana la izquierda en el 82? ¿Con qué propósito? Y sobre todo, ¿con qué límite?

Y ahora voy a decir lo siguiente: ¿quién hubiera pedido responsabilidades? ¿La izquierda? Supongamos que la izquierda, la que genéricamente, moralmente al menos, «ganó» en el año 82 con una mayoría absoluta, la que pedía amnistía en el año 76, hubiera pedido responsabilidades. ¿Qué efectos hubiera tenido eso? Que se hubiera sentido todavía más respaldada en su acción de presente y de inmediato futuro. Pero el hecho es que las personas que han protagonizado los problemas contemporáneos y que han ocupado los titulares de la prensa en los últimos años tienen mi edad, un poco más. Ninguno de esos señores hubiera sido víctima de la exigencia de responsabilidades. Al contrario, hubiera sido juez, no reo. De manera que todo aquel que ha tenido problemas ahora con la justicia y ha sido protago-

nista de escándalo, habría estado entre los juzgadores, no entre los juzgados.

Ese juzgador que ahora está en los titulares de los periódicos, si además de eso se hubiera sentado previamente en un tribunal —hablo en sentido figurado— se habría investido de máxima autoridad moral para ocupar no digo ya los titulares de los periódicos españoles, sino los del mundo entero. La exigencia de responsabilidades al franquismo no hubiera colocado en su sitio a los autores de los desmanes de los años 90. Más bien les habría ratificado en su posición y les habría dado alas para el comportamiento que hemos visto.

Otra cosa es que sea factible un examen de la reciente historia de España y colocar a cada uno en su sitio. Pero de lo que yo discrepo, por su imposibilidad manifiesta, por su imposibilidad política y por su riesgo moral y ético, es de que esa exigencia de responsabilidades a quienes fueron culpables de los desmanes del franquismo, se debiera haber llevado a cabo. Considero que hubiera sido una de las cosas más perniciosas para nuestro presente, ya bastante dañado con unos comportamientos que son suficientemente conocidos por todos.

Volvamos, ahora, a los hechos. En 1975 muere el general Franco y se abre la segunda batalla, que es una batalla de una dimensión completamente distinta. La batalla se da entre los reformistas del régimen que han sobrevivido y han sido rescatados por la mano del Rey, que los saca al gobierno de nuevo, y la oposición. En este nuevo escenario, los protagonistas no pretenden «controlar» el futuro, pero sí «orientarlo» políticamente hacia unos grados más precisos o más difusos, según los casos, de democracia. El tono de la batalla cambia rigurosamente. Se convierte en un juego de interpretaciones, pactos, sugerencias y aproximaciones, con una idea que yo creo que es fundamental: olvidar los enfrentamientos pasados. Creo que en el fondo de cada español hay dos pensamientos que son el motor de su conducta de entonces: «la guerra nunca más» y «alcancemos las libertades en paz».

Estos son los elementos que creo sinceramente que están en el ánimo de sujetos que no tienen nada que ver por sus orígenes políticos, y que tampoco tienen diseñado el futuro inmediato políticamente hablando. Ni Carrillo sabe que la ruptura va a ser imposible, ni lo sabe González, ni Torcuato Fernández Miranda tiene la seguridad de que ésta va a acabar siendo una democracia clásica. Todo esto se va construyendo poco a poco porque esas dos ideas que acabo de formular no dejan nunca de estar presentes en el comportamiento de los líderes políticos ni en el de los ciudadanos.

A pesar de este talante de conciliación y de superación de episodios tan sangrientos de nuestra historia, es un hecho que a lo largo de 1976 y 1977 asistimos a apuestas fortísimas de desestabilización que crean momentos políticos donde verdaderamente nos hemos jugado la vida como país democrático y pacífico.

En esos dos años cruciales España ha vivido momentos terribles, pero gracias a que nadie ha querido sacar el hacha y nadie se ha puesto la toga de juez sobre el pasado de cada uno, logramos llegar hasta donde estamos. Y llegamos apoyados fundamentalmente por esa mayoría silenciosa que en diciembre del 1976 se pronuncia en referéndum, y por primera vez en muchos años, sobre hacia dónde quiere ir. Es entonces cuando el Gobierno somete a referendo popular la Ley para la Reforma Política. Una ley que cuenta con la oposición radical del franquismo intransigente; con la crítica y la desconfianza de la oposición de izquierdas, que pide la abstención en el referéndum, y el respaldo cerrado del Gobierno, un gobierno que no tiene apoyos en el régimen ni en la oposición, y que ha sido nombrado por el Rey.

Ese gobierno, respaldado de hecho por casi nadie, convoca el referéndum después de que la ley haya sido aprobada por las Cortes franquistas, en uno de esos actos históricos cuya autoría está sin duda alguna en la habilidad magnífica del presidente Torcuato Fernández Miranda.

Celebrada la consulta popular, resulta que el 97 % de los votantes (votó un 78 % de la población) apoya ese proyecto de reforma política. Es decir, esa «mayoría silenciosa» se pronuncia de una manera neta por una opción defendida por un gobierno del que España entera se había estado riendo desde que fue nombrado. Esa mayoría de la población sabía, pues, dónde quería ir, y se pronunció por ello. A su vez, los líderes políticos interpretaron su deseo y se aproximaron al deseo claramente expresado por los españoles, y no cayendo en la fácil tentación de las *vendettas*, cosa que nos hubiera llevado a que los sinvergüenzas que abundan hoy en día se multiplicaran por mil, con toda la conformidad de la autoridad moral que les había dado ganar la batalla también en la revisión histórica.